

# PROFESORES Y FILÓSOFOS<sup>1</sup>

*Andrés Suzzarini Baloa*  
*Departamento de Filosofía*  
*Facultad de Humanidades y Educación*  
*Universidad de los Andes*  
*naviamau@ing.ula.ve*

## Resumen

A la luz de principios axiológicos enmarcados en la tradición que tiene su fuente en la doctrina socrática, el autor hace un meditado examen acerca del oficio del filósofo. Demuestra que la filosofía tiene un objeto humano inmediato que es el filósofo, sobre el cual ella vierte sus efectos transformadores. El filósofo busca el saber para hacerse a sí mismo bueno, y se impone como su deber compartir su saber con los demás hombres para hacerlos también buenos pero, además, felices. El filósofo no puede aislarse. Ha de participar en la vida ciudadana como educador de ella.

**Palabras clave:** Filósofo. Profesor. Deber. Educación. Felicidad. Universidad.

# PROFESSORS AND PHILOSOPHERS

## Abstract

In the light of the axiological principles of the tradition having its source in Socratic doctrine, the author reflects on the role of the philosopher. He demonstrates that philosophy has an immediate human object that is the philosopher upon whom its transforming effects flows. The philosopher seeks knowledge to become himself good, and imposes upon himself the duty of sharing his knowledge with the rest of mankind so that they become good also and, moreover, make them happy. The philosopher cannot isolate himself. He must participate in public life as an educator of the people.

**Key words:** Philosopher. Professor. Duty. Education. Happiness. University.

---

<sup>1</sup> Ponencia presentada en el *V Congreso Nacional de Filosofía*, celebrado en la Universidad Central de Venezuela, del 22 al 26 de noviembre de 1999.

1. La filosofía, como en principio toda disciplina teórica, y como también, en segundo término, toda enseñanza de las consecuencias prácticas de las disciplinas teóricas, encontró en las instituciones académicas su fundamental punto de apoyo. Academia, Liceo, en Grecia antigua, y los monasterios de la edad media europea prefiguraron la moderna relación entre universidades y filosofía.

Formas más o menos laxas de comunidad física han caracterizado en general al quehacer filosófico. Escuelas de filosofía, en viejos y novedosos sentidos, reúnen a discípulos y maestros de filosofía. Al parecer, el propósito de tales escuelas es el altísimo de hacer filosofía, y, con ello y para ello, forman filósofos. Para duras y prosaicas necesidades y llegan también a formar un cierto profesional, el profesor de filosofía.

No es fácil determinar en qué medida coinciden filósofo y profesor. Determinar posibles o imposibles coincidencias exigiría una previa definición de la filosofía, definición tan problemática como cualquiera de las ensayadas a lo largo de la historia y que han servido más para distinguir tendencias o corrientes que para unir a profesionales de la filosofía.

Tal vez convenga remontarnos a los orígenes más discernibles del problema, cuando alcanzó madurez primera la conciencia del valor de la filosofía, del valor de la educación y del objeto de la educación filosófica en la persona y la obra de Platón.

En el *Fedón* se nos presenta la filosofía como una actividad teórica con consecuencias prácticas para la vida del filósofo. El filósofo es un investigador de la verdad, pero la verdad no ha de resultar algo indiferente para la vida privada o pública del filósofo. La verdad que busca Platón no es, como ya sabemos, la verdad del relativismo sofístico que permite amoldar la conducta personal a las situaciones dadas; sino verdad inamovible que permita fundamentar una ciencia de la virtud que ofrezca al hombre fundamento cierto para regir su conducta. Tal verdad es tarea intelectual que tiene a su vez fundamento en una profunda confianza en la razón y el racio-

cinio; la razón es la forma de lo ente, el raciocinio es tarea del pensar humano.

Pero es característica del pensar humano la propensión al error, y para librarse en lo posible de tal propensión, debe ejercitarse constantemente en el razonamiento. Sólo esa constancia en el ejercitarse en los razonamientos lo habilitará y agilizará en la búsqueda de la verdad y lo apartará de la misología —del odio a la razón y al razonamiento—, o de devenir en simple charlatán.

Es la herencia de Sócrates, que durante toda su vida y aún después de su condena capital y hasta pocos momentos antes de la ejecución plantea a sus amigos y discípulos temas para la ejercitación del razonamiento. Si bien es Platón el primer gran educador filosófico —salvando anacronismos y distancias, el primer profesor de filosofía—, es para mí evidente que por igual heredó de su maestro el apremio de saber y el apremio de enseñar: Es la mayéutica socrática antecedente directo de la dialéctica platónica. Para ambos es el aprender y el investigar el camino del saber, de la filosofía.

Es, asimismo, Platón —si dejamos de lado algunas semimíticas comunidades de orientación a la vez místicas, religiosas, matemáticas y filosóficas, o las trashumantes e imprecisas de los sofistas—, el creador de la primera entidad física para establecer una comunidad filosófica, *La Academia*.

En el último día de su vida, cuenta el *Fedón*, plantea Sócrates a sus discípulos el problema de la relación entre la conducta del filósofo y la filosofía. Toda la vida del filósofo se resume, en ese momento final, en la tranquila aceptación de la muerte, en la convicción de que es preferible sufrir una injusticia que infligirla y en la de que después de esta vida terrenal hay un premio para quienes han sido buenos. Tratar de ser bueno y tratar de saber qué es ser bueno fue la tarea que en vida se impuso Sócrates.

La investigación socrática suponía que sólo si llegáramos a saber qué es lo bueno o el bien, vale decir, qué es lo virtuoso y la virtud, podrían formar-

se hombres buenos, virtuosos, y ese esfuerzo por saber es el esfuerzo por construir la ciencia de la conducta humana para fundamentar la práctica de la conducta humana.

No sabemos si se puede ser un hombre bueno por obra de la casualidad, pero lo normal es que se lo sea por obra del conocimiento de lo que es bueno. De manera que una de las tareas impuestas a la filosofía fue la de tratar de hacer bueno al hombre. En este sentido el filósofo Platón asume como tarea propia de sí como filósofo y de la filosofía la construcción del hombre bueno y también feliz.

En el pensamiento platónico es fácil identificar el *bien* o lo bueno con el *saber* y con la *felicidad*. Y esta identificación se encuentra en primer lugar en el filósofo mismo. De tal manera la filosofía tiene un objeto humano inmediato que es el filósofo, sobre el cual vierte sus efectos transformadores.

Si retomamos ahora nuestro punto de partida en la pregunta por las relaciones entre escuelas de filosofía —en cualquiera de los sentidos en que se tome la palabra escuela, sean universitarias o no—, y si aceptamos como bueno el plan platónico, y si son en efecto tales escuelas comunidades honradamente comprometidas con la búsqueda de la verdad, no podemos menos de afirmar que tales comunidades tienen el objetivo de formar a sus miembros como filósofos, vale decir, investigadores de la verdad, por una parte, como educadores, por otra y, asimismo, como hombres buenos, virtuosos, en cualquiera de los sentidos en que hayamos de entender la palabra *virtud*.

Es ya un lugar común el reclamo a la filosofía anterior a sí mismo que hacía un filósofo revolucionario, de que ella hasta entonces sólo se había ocupado del mundo para interpretarlo, pero no para transformarlo. Reconozcamos nosotros, por ahora, que entre los muchos motivos de preocupación en la mente de Platón se encontraba, cuando menos, la transformación del hombre: de su prójimo y de sí mismo.

La *bondad* tiene en principio una relación de identidad con el *deber*. En su forma más fundamentante podemos decir que el hombre bueno es aquel que llega a ser lo que debe ser un hombre: la realización, en la medida de lo posible, de la idea de hombre. Es este el sentido que toma la palabra “*virtud*” en el pensamiento de Platón. Algo o alguien es virtuoso por haber llegado a ser lo que debe ser.

Entre los elementos determinantes de lo que el hombre debe ser se encuentra la *polis*, la sociedad. Sólo entre hombres llega el hombre a ser hombre, y este hecho fundamental determina deberes para con los demás hombres, deberes para con la sociedad. El primer deber del hombre para con la ciudad consiste en retribuirle a ella lo que ella le ha dado, y lo que da primordialmente la ciudad al hombre es la educación, educación que va dirigida a hacerle vivir según un modo de vida acorde con las leyes de la ciudad. Claro está que Platón en su *República* describe la ciudad ideal, aquella inexistente para su época pero que debía hacerse existir como realización de la sociedad justa y feliz. Justa y feliz por la perfecta aplicación de cada hombre y cada clase social a la tarea que por naturaleza les es correspondiente.

La ciudad injusta y consecuentemente infeliz sería también educadora, educadora por medio de unas leyes que hacen imposibles la realización virtuosa de hombre y ciudad y que más bien permiten la existencia de la injusticia y la infelicidad. No olvidemos, como dice en la *República*, que hasta entre ladrones debe haber alguna forma de ley.

Que cada hombre viene al mundo predispuesto por naturaleza a cumplir un determinado papel en la ciudad es afirmación fundamental de Platón que permite definir a la ciudad justa como aquella en la cual cada hombre y cada clase cumplen el papel que por naturaleza les está predestinado. De tal manera, por naturaleza se es gobernado o gobernante, y ciudad justa será aquella donde gobiernen los que por naturaleza deben gobernar y obedezcan los que deban ser gobernados. Corresponde a quien es por naturaleza

filósofo, por naturaleza también ser gobernante. Sólo la ciudad regida por filósofos puede realizarse como ciudad feliz y justa.

El filósofo gobernante cumple entonces una obligación para consigo mismo, consistente en hacerse sabio y bueno, y otra para con sus conciudadanos, consistente en hacerlos sabios, buenos y felices. La filosofía es en Platón así, contra el opinar del filósofo revolucionario, no sólo interpretación del mundo sino esfuerzo para transformarlo, transformándose el filósofo a sí mismo y transformando a sus conciudadanos. Esta transformación la realiza el filósofo mediante una función que le es inherente, la de *educador*. Y ha de educar en el respeto a la ley y a la integridad de la sociedad.

Resumamos. El filósofo busca el saber para hacerse a sí mismo bueno, y se impone como su deber transmitir saber a los demás hombres para hacerlos, a su vez, buenos y felices. Tiene el filósofo entonces una obligación para con sus semejantes, no puede aislarse en un solitario saber, sino que ha de participar en la vida ciudadana como educador de ella.

2. La filosofía es en sus inicios y hasta Platón y Aristóteles sabiduría y actividad vital del filósofo. De hecho ninguna materia de especulación intelectual le es ajena al filósofo ni a la filosofía. Pero a partir de Aristóteles la filosofía empieza a separar sus saberes. Aunque todo objeto de especulación es objeto del filósofo, los objetos empiezan a jerarquizarse según criterios de generalidad y nobleza.

Hay así una “filosofía primera” que como *primera* es más digna de la atención del filósofo y que, con respecto a las “filosofías segundas”, es más fundamental y fundamentante. Sin desatender estas “filosofías segundas”, el filósofo en propiedad dedica preferentemente su esfuerzo a la “primera”.

Las filosofías segundas pasan a ser progresivamente cultivo de especialistas no filosóficos, no filosóficos por carecer del sentido general e integrador que daría al saber la *filosofía primera*. Es este el proceso de formación de las ciencias particulares que aún prosigue en nuestros días, que va restrin-

giendo los temas de interés del filósofo, precisando estos temas frente a los temas de interés científico.

Temas filosóficos en nuestros días son considerados la ontología, la ética, la estética, la lógica, la teoría del conocimiento, la historia de la filosofía. Filósofo es pues quien se ocupa de estos temas. Pero en la filosofía misma la especialización no cesa. Si bien llamamos filósofo a quien se ocupa de estos temas, es cada vez más marcado el carácter de especialista del filósofo y de la filosofía. Filósofos del ser, filósofos éticos, estéticos, lógicos, historiadores de la filosofía y filósofos de la ciencia, de la educación y de otras disciplinas de mayor o menor extensión, tienden a ocuparse en exclusividad de los temas de su preferencia, y parece faltar en estas ocupaciones el carácter integrador que suponíamos en una filosofía primera. Pero además tienden a competir con quienes quieren arrebatar estos temas al tratamiento filosófico para tratarlos desde una perspectiva científica, sea experimental o deductiva.

El filósofo ético debe competir con el politólogo o el antropólogo, el lógico con el matemático, el teórico del conocimiento con el psicólogo o el lingüista. Ciertamente la visión del filósofo tiende a aprehender su objeto temático desde una generalidad regularmente ausente del especialista científico. Pero esa visión generalizadora se convierte en su momento en una objeción: la generalidad de la visión filosófica sería un obstáculo para la aplicación con consecuencias prácticas de su cuestionable saber.

Al carecer de consecuencias prácticas, el saber del filósofo queda confinado a los textos filosóficos, a los congresos de filosofía y a las instituciones educativas donde profesores y filósofos imparten sus enseñanzas. De tal manera el ideal de saber que mueve al filósofo y que ha de hacerlo bueno para educar y hacer bueno y feliz a su prójimo parece limitarse solamente al efecto que sobre el mismo filósofo puede tener la filosofía. El filósofo se hace sabio para hacerse bueno y feliz él mismo; al prójimo, que lo parta un rayo.

3. En los días que corren, podemos dar por supuesto que son las escuelas universitarias de filosofía semilleros de filósofos. Filósofos cuya tarea inmediata será la formación de nuevos filósofos. Digámoslo de una manera más prosaica: profesores de filosofía que han de formar a otros profesores de filosofía. Y lo que aprenden para enseñarlo a su vez los profesores de filosofía son textos de filosofía, textos que se han venido acumulando a través de la historia de la filosofía, que leemos, memorizamos y discutimos con el propósito de desentrañar sentidos. Con una dificultad adicional: el número de textos de filosofía —o que se ofrecen como tales— es inacabable. Nadie, con la vida más prolongada y sana podría leerlos todos. Y el número crece. Pues leemos y escribimos acerca de los mismos textos. Y lo que se agrega como novedad filosófica, como aporte original, parece ser cuantitativamente deleznable. Por cada página apreciable de texto filosófico, merecedor de reconocimiento y estudio, centenares de miles de páginas repiten o balbucean filosofemas dignos de ignorancia u olvido.

Hace treinta años, días mas, días menos, las universidades venezolanas, y en ellas sus escuelas de filosofía, sufrieron la conmoción de una pretendida renovación universitaria. Las verdaderas razones, si es que dudamos de las que se aducían, no vienen al caso. Aspiraban los renovadores, según decían, a promover la formación de profesionales universitarios con conciencia crítica y comprometidos con las mayorías desamparadas. Por lo que tocaba a la filosofía, se cuestionaba la cíclica reproducción de profesores de filosofía. Creían ver los renovadores una abismal distancia entre el profesor y el filósofo. El profesor de filosofía sería un producto magro de una institución que no se proponía o no podía proponerse metas más altas. Sentían que el compromiso de las escuelas debía ir más allá de un compromiso educativo, de un aprendizaje de problemas y doctrinas filosóficas para posterior enseñanza de nuevas hornadas de estudiantes de filosofía. Se quería exigir un compromiso ético y político. Sólo así encontraría la universidad justificación.

Esta manera de mirar las relaciones de las universidades y todas las instituciones educativas con el entorno social pecaba de simplista y excluyente.

Simplista porque suponía posible identificar en todo momento los intereses de la mayoría y la opinión de la mayoría con la verdad. Excluyente porque creyeron representar los intereses de la mayoría y ser encarnación de esa verdad, teniendo ojos ciegos y oídos sordos para otras perspectivas y otras opiniones. Simplista y excluyente además porque miraba las relaciones con el entorno de una manera mezquinamente mecánica. La educación sólo se justificaría en la medida de su utilidad para la liberación de las masas oprimidas. No bastaría con que las universidades produjesen buenos médicos, ingenieros, profesores, etc., que curasen enfermos, construyeran edificios y carreteras y educaran a los no educados con recomendable eficiencia.

Pero definir el papel de la educación por su utilidad para un propósito de redención social o para cualquier otro propósito es proponer restricciones innecesarias o ineficaces. Las instituciones, entre ellas las educativas, cambian o evolucionan dependiendo de los pequeños o grandes cambios de las sociedades y la civilización. Confiamos, tenemos la esperanza de que en esos cambios la educación tenga un efecto benéfico pero no podemos esperar encontrar relaciones claras de causalidad útil. Si atendemos a los cambios históricos en las sociedades, podemos apreciar cómo es cada vez más difícil hacer predicciones sobre la estructura y los valores de las culturas futuras y, asimismo, es cada vez más difícil hacer predicciones sobre el futuro de la educación. Esperamos, con razonables dudas, que sea superior en calidad y que alcance a las mayorías. Pero una educación de calidad no se plantea el problema de su utilidad, al menos no de manera inmediata. Se trata de educar a los hombres simplemente para que sean hombres educados. Lo demás ha de darse por añadidura.

Los griegos que crearon la filosofía nos enseñaron que ella era un oficio que tenía en sí mismo su gratificación. Que el propósito de averiguar la verdad no se realizaba más que por puro y simplísimo afán de averiguar. En otras palabras, un oficio que no se proponía otra cosa que el saber por el saber mismo. Pero no sólo la filosofía pretende cosas no útiles. La historia misma de la humanidad consiste en la creación de cosas no útiles. Si suponemos que lo estrictamente necesario es aquello que nos emparenta más

directamente con los animales, la satisfacción de comida y sexo, debemos entender la historia de la civilización como una creación continua, por parte de los hombres, de necesidades artificiales.

El hombre crea la necesidad y la manera de satisfacerla. Cosas como la comida y la cultura culinaria exhiben la más sofisticada artificiosidad para llenar el estómago. El reclamo erótico llega a ser una complicación ritual que va más allá de lo estrictamente indispensable para perpetuar la especie o simplemente darse un gusto. De hecho no existe nada en la civilización que pueda llamarse estrictamente una necesidad natural, ni un acto, entonces, que pueda considerarse de fundamental utilidad.

Aunque la filosofía nos releva de dar explicaciones sobre posibles utilidades, debemos decir, sin embargo, que nos sentimos como partes de una tradición que arranca precisamente con los griegos que crearon la filosofía, y que no creemos desentonar del todo en el coro de la civilización. Que los filósofos o profesores de filosofía cumplen su más o menos saludable papel en el ejercicio aprendido en las escuelas de filosofía. Que no desesperamos de ser —a pesar de que lo que creemos conocer de la naturaleza humana no nos permite un ilimitado optimismo—, a la vez filósofos, profesores de filosofía y hombres buenos. Buenos para nosotros mismos y para nuestros prójimos.

Acerca de la anécdota renovadora de hace treinta años, días más, días menos, valdría la pena preguntarnos en qué medida nos acercó o nos alejó de esa aspiración.